

## Koryo

Jesús Miguel Delgado Del Aguila  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
tarmagani2088@outlook.com

—¡Bien, carajo! ¡Qué buena, concha su madre! ¡Son tres puntos! ¿O no? ¿Pero qué pasa? ¿Por qué se ha tirado al piso? ¿Golpe inválido? No, imposible. ¿Están llamando al médico? El árbitro se está yendo a consultar con la mesa directiva. Esto es una farsa. Fue un punto limpio. Papá, mira. Está actuando. ¿De qué se retuerce? ¿Por qué se toca allí, abajo?

—Guillermo, ven.

Guillermo Barreno se dirigió con su padre (y maestro a la vez) fuera del área de competencia.

—Papá, lo estoy haciendo bien. Tú sabes eso. Lo he dejado sin aire. Y esa patada fue válida: directa al estómago. Son tres puntos. Tengo ventaja. Voy a ganar...

—¡Guillermo, escucha! —La seriedad de su rostro ocultaba una carga de impotencia e injusticia que no quería revelar a su hijo. Incluso, tuvo que asumir una emoción de enfurecimiento para poder provocarle una reacción de obediencia y conciencia, en vez de despertarle un espíritu de protesta y reclamo. Lo que se aproximaba no era nada ajeno al mundo que él conocía.

Al instante, el árbitro retornó al área de competencia con algo de nerviosismo que trataba de ocultar. Mirando a la mesa directiva, hizo una señal de nulidad. Los tres puntos que hizo limpiamente Guillermo Barreno a Aldo Barrientos se invalidaron.

—Supuse que eso pasaría...

—¿Pero por qué? Papá, esto es injusto. ¿Por qué siempre me tienen que hacer lo mismo? Son unas racistas.

—Tranquilo, hijo.

En ese, Aldo Barrientos se reintegró a la cancha para seguir peleando.

—Un punto en contra: golpe bajo. —La desilusión de Guillermo era tanta que ya no sabía cómo proceder ante eso. Encima de que le invalidaron tres puntos, le descontaron uno a él—. Pónganse en posición de pelea para continuar.

En todo el Coliseo Eduardo Dibós, no se escuchaba más que alboroto. El público que estaba atenta a la pelea sabía lo que había ocurrido. Vociferaban, insultaban y hacían bulla. Sin embargo, otro grupo estaba feliz por la decisión del árbitro: una élite del taekwondo, en la que se veían a profesores y otros practicantes —muchos de ellos, en la selección nacional de ese deporte—. Este sector aplaudía y felicitaba a Aldo Barrientos desde sus asientos.

—Papá, fue un golpe limpio. Yo lo sé, tú lo sabes y también todo el auditorio.

—Guillermo, escúchame...

—No es justo esto, papá. Solo por ser negros...

—Escúchame...

—No es la primera vez que nos pasa. Uno se esfuerza y hace las cosas bien, y mira...

—¡Escúchame, carajo! —La impotencia de su padre y la intranquilidad de Guillermo solo podían solucionarse de una manera: retirándose del área de competencia y dar por ganador a Aldo Barrientos—. Tienes la mala suerte de tener esta pelea comprada. ¿Entiendes? Esta pelea está “comprada”. No sirve de nada que te quejes y reclames. Hagas lo que hagas te darán por perdedor.

—¿Qué hago entonces? Si esto es así, ¿para qué voy a seguir luchando? Mi sueño era entrar a la selección nacional, papá. Pero mira a esa gente. Es detestable. Se ríen y aplauden a un timador. Apoyan la farsa. Son unos racistas.

—Guillermo, te queda un *round* más. Así que solo te voy a dar una última indicación. Vas a entrar a la cancha, y en lo único en lo que te vas a preocupar es en noquearlo.